PROF. DR. HANS-JÖRG NEUSCHÄFER

(Worms, 29/12/1933-Angermünde, 23/09/2026)

IN MEMORIAM

Antonio Carrasco Santana
Universidad de Valladolid

Nos indica la RAE que una lengua muerta es la que se habló en el pasado, la que ya no es empleada por una comunidad de hablantes en las relaciones cotidianas; aquella de la que, habitualmente (si su legado cultural ha pervivido en alguna medida), quedan rastros en la toponimia, en el empleo ceremonial del lenguaje, en locuciones o en otro tipo de unidades fraseológicas y, en el mejor de los casos, en las lenguas que han derivado de ella, donde esta pervive evolucionada, transformada, incorporada al uso que de su lengua "actual" hacen las sociedades que la adoptan como propia, identificándose con ella para comunicarse. En este sentido, una lengua, en condiciones normales, propiamente, no muere, sino que, por una evolución natural, va cambiando por desgaste, se va configurando en otra realidad por desfiguración paulatina de lo que fue, a lo que, a su vez, llegó por el mismo proceso.

La lengua en que cada uno nos comunicamos es parte indisoluble de nuestro yo, es lo que nos convierte en pedacito constituyente de una comunidad, aquello que, instintivamente, amamos, porque intuimos que, sin ella, no seríamos. Por eso, cuando llega la muerte, cuando dejamos de ser en este mundo, al menos materialmente, hay, como poco, un trocito de lengua que también muere, pues perece una forma única, exclusiva, de comunicar, de relacionarse, de sentir, de percibir, de sufrir, de disfrutar, de compartir, de amar, por más que ello, aparentemente, no deje huella en el sistema lingüístico. Cuando alguien admirado y querido nos falta, aún más si está lejos, echamos de menos su presencia en nuestra vida y, con ella, sus expresiones, sus silencios, sus pausas, su particular pronunciación, su acento, su voz…, todo aquello con lo que nos entregaba su ser.

Yo conocí al profesor, al señor Neuschäfer en el año 1998, cuando por esas casualidades de la vida, que, con el tiempo, parecen predestinación, fui seleccionado por él para ocupar un puesto de profesor de lingüística española en su cátedra departamental, *Romanistik* (*Hispanistik*), en la *Universität des Saarlandes*, en Alemania. Eso me dio la oportunidad de tratar al afamado profesor e investigador de las universidades de *Heidelberg*, de *Augsburg*, de *Giesen*, al catedrático de literatura románica, al hispanista insigne, al miembro correspondiente de la Real Academia Española por Alemania desde 2004, al autor de tantas obras sobre la literatura, particularmente sobre la española, desde la Edad Media hasta el presente, al comendador de número de la Orden del Mérito Civil, etc. Pero, por encima de todo, pude conocer al hombre menudo de ojos despiertos, voz templada, bigote definitorio y sonrisa franca, al ser amable, abierto y humilde, al hombre que, aun tratándote siempre de usted, resultaba afectuoso y cercano, al ser humano siempre

dispuesto a ayudarte, sobre todo, cuando la vida golpea (lo sé bien) sin hacerse notar, al que, sin decirte nada, pensaba en tu futuro y tu bienestar, al hombre profundamente enamorado, al que, durante la maldita pandemia, solo le dejaban ver desde su balcón a su querida esposa, a Mercedes ("el pilar de mi vida" me dijo en nuestro último encuentro en Berlín), alojada en el edificio de enfrente, al que, sin desfallecer en ningún momento, luchó contra la irracional terquedad normativa de las autoridades, guiadas por el miedo a la COVID, hasta doblegarlas, logrando salvar el jardín que los separaba y volver a estar junto a su mujer.

Sí, tuve la inmensa fortuna y el honor de conocer al hombre apasionado, al enamorado, de su compañera de toda una vida hasta hace poco, pero también de España, de lo español (a pesar de las contradicciones que nos singularizan y que él conocía, yo diría, mejor que nosotros), de la españolidad. Un amor que, curiosamente, como una especie de extraña evocación histórica, comenzó, acompañado de Mercedes, en Asturias y se extendió por toda España hasta alcanzar la Costa del Sol y que fue una constante en su vida, plasmada a través de su interés por nuestra literatura, por nuestro cine, por nuestra gastronomía, por nuestra historia, por nuestra idiosincrasia, en definitiva, que supo interpretar magistralmente en obras como "Adiós a la España eterna. La dialéctica de la censura. Novela, teatro y cine bajo el franquismo" (1994) o "La ética del Quijote. Función de las novelas intercaladas" (1999), obra esta última, que, según me dijo, estaba revisando para su reedición en 2023.

Con la marcha de Hans-Jörg Neuschäfer, no solo ha fallecido un profesor y un investigador prestigioso, un hispanista ciertamente relevante, sino, por encima de todo, un hombre bueno, con todas las letras, y, con él, ha muerto una parte insustituible del español y de lo español, aunque no lo consignen ni las gramáticas ni los libros de historia, que saben poco de afectos y emociones.

Siempre en el recuerdo y en lo más profundo del corazón. Descanse en paz, señor Neuschäfer.